DEBEMOS ESPERAR Ó TEMER?

RESOLUCION
QUE HIZO DE ESTE PROBLEMA
EN EL
SERMON
CRÍTICO, HISTÓRICO, PANEGÍRICO, QUE EN EL DIA 25 DE JULIO EN EL QUE
LA SANTA IGLESIA CATEDRAL
Y PATRIARCAL DE SEVILLA,
CONSAGRA ANUALMENTE
SOLEMNES CULTOS
AL APOSTOL SANTIAGO
PATRON DE LAS ESPAÑAS,
DIXO
EN LA MISMA SANTA IGLESIA

El M. R. P. F. Josef María de Jesus, Lector jubilado, Exâminador Sínodal en el Arzobispado de Granada, y Comendador en el Convento de RR. PP. Mercenarios Descalzos, título de San Josef de la misma Ciudad.

CON LICENCIA EN CÁDIZ
Por D. Nicolas Gomez de Requena, Impresor del Gobierno, plazuela de las Tablas.
Año 1808.

J. M. Y J.

Et si aliis non sum Apostolus sed tamen vobis sum : nam signaculum Apostolatus mei vos estis in Domino.

Aunque para otros no soy Apostol, pero para vosotros lo soy; porque vosotros en el Señor sois el sello de mi Apostolado. *S. Pablo en su 1.ª á los Corint. cap. 9. ℣. 2.*

ILMO. SEÑOR.

Debemos temer ó esperar? Esta qüestion, que no sin escandalo de nuestra piedad se nos propuso el once de Mayo por un novador que fingiéndose ministro del Santuario intentó mover á otros sacerdotes y personas de luces y carácter para que descubran á las gentes ménos instruidas el hondo abismo en que se precipitarian neciamente por ignorar nuestra situacion política y el estado y relaciones de europa, y por faltarles la experiencia que da la historia de las revoluciones de los imperios; muy de corazon evitariamos entrar en ella, si no viesemos que el cáncer que se intenta propagar con la del Trono, con la del Estado y la Patria, traeria tambien la ruina del Santua-

rio. No quiere S. Pablo que su Timoteo excite ni oiga qüestiones que no sirven á la edificacion del próximo, ni para aclarar las verdades cristianas; porque semejantes disputas traen consigo la contienda, la disension, y cierto ayre acre y arrogante no amigo de la caridad; mas en causa justa y legítima lo quiere dispuesto á dar razon de su fe á quien se la pida, y en Cristo Jesus lo apremia á que arguya, suplique y reprehenda, principalmente quando instan tiempos peligrosos como son los nuestros.

En efecto, á un sacerdote y ministro del Evangelio ¿quando puede ocurrir motivo mas justo para levantar el grito, que quando ve levantarse hombres soberbios é ignorantes, pero creidos doctos y sabios, que formando hinchados y especiosos discursos, esparcen entre los cristianos opiniones contrarias á la palabra del Señor, á la doctrina de los Apóstoles y á la piedad y disciplina del cristianísmo? ¿Quién puede contener su zelo por la gloria de Dios y bien de sus hermanos al ver á estos en próxîmo peligro de ser envueltos en los lazos de la impiedad, que en sus escritos esparcen unos hombres corrompidos en su entendimiento, á quienes ha desamparado la luz de la verdad, y que como Himeneo y Fileto hacen servir la religion á sus intereses? Estos tales pronto y eficazmente deben ser argüidos, ya para evitar que el veneño de sus proposiciones corrompa

á los sanos espíritus, y ya para intentar su propio desengaño y correccion. Suceder puede, decia S. Pablo, que Dios les dé un saludable arrepentimiento, les haga conocer la verdad, y los saque de la esclavitud del diablo que los trae engañados, valiéndose de ellos como de siervos para hacer su voluntad.

Y bien mis amados, precisados á contestar á la qüestion propuesta ¿qué ocasion mas oportuna, ni qué dia mas á propósito que el que la Iglesia consagra á la memoria de nuestro Apostol y excelentísimo Patron SANTIAGO? No es mi instruccion la que pide el arrogante Filisteo que nos insulta; no es mi ciencia la necesaria para con brillantez destrozar el muro de sofismas con que nos cerca; no es mi gerarquía y autoridad para con vosotros tal, que me lisongee que será una misma cosa decir, y dexar persuadida la verdad; pero la caridad urge, el ministerio obliga, y ya que se nos provoca á registrar las planas de la Historia para darnos lecciones, razon será que degollemos el gigante, con las mismas armas que él nos presenta con descaro. Entremos en la Historia.

Venturosos españoles, SANTIAGO, como en otro tiempo lo escribió San Pablo á los de Corinto, puede decirnos que aunque para otros no sea Apóstol, para nosotros lo es; porque nosotros somos el sello de su Apostolado en el Señor: *et si aliis non sum Apostolus, sed tamen vobis sum; nam signaculum Apostolatus*

mei vos estis in Domino. ¿Quién, pues, glorioso Reyno, quien te intimidará protegido y fortalecido tú con el auxîlio de tal prenda, ó de un Patron por quien el Todopoderoso ha obrado contigo cosas grandes? Amada España, Pueblo honrado por Dios con el Apostolado de Santiago, donde como en su Trono debia radicarse su Santa Religion; España amada, patria mia especialísima y particular posesion de Jesu-Cristo, como te llamó San Leandro en el tercer Concilio de Toledo ¿quién contra tí, estando en tu favor Dios, María Santísima y el Apóstol Santiago? Afortunados compatricios, Santiago es nuestro Apóstol: es en Cristo Jesus el Maestro de nuestra fe, el Doctor de nuestra esperanza cristiana, el Padre que nos engendró á la Santa Religion que profesamos. Santiago ha sido el gran defensor de nuestro suelo, y el terrible vengador de nuestros enemigos. Este hijo del trueno imprimió en sus españoles el carácter de su Apostolado, que es, segun San Gerónimo, la grandeza y firmeza de su fe. Su nombre fue siempre la gloria de nuestra nacion, el Santo y señal de nuestras grandes batallas, y el mas feliz augurio de todos nuestros triunfos y de nuestras asombrosas victorias. Los nuestros jamas lo oyeron sin hacerse temibles y espantosos á quantos tuvieron la osadía de provocarlos; qué pues, hermanos ¿debemos temer ó esperar?

Fieles y generosos españoles, hoy vengo á

deciros que siendo Santiago nuestro Apóstol, y nosotros el sello de su Apostolado en el Señor, nada tenemos que temer, y sí mucho que esperar. 1. Nada tenemos que temer, porque nuestros enemigos jamas vencerán la firmeza de fe que imprimió en nosotros Santiago, ni harán que olvidemos nuestras obligaciones mas sagradas. 2. Tenemos mucho que esperar, por que sin adoptar las novedades á que nos quieren inducir, la grandeza de fe que heredamos de Santiago dará un éxîto feliz á nuestra causa. En una palabra, España discípula de Santiago ahora como siempre, se presentará en el teatro del Mundo con el cristiano esplendor que formó nuestro carácter nacional.

Padre de las luces, de donde por confesion nuestra y de nuestros agresores ha de venir la luz que alumbre el nuevo sendero, disipe los vanos temores y presente las justas esperanzas, dadla Señor á este vil instrumento de vuestra palabra. Hacedlo, Dios mio, por el mérito de vuestro Santo Apóstol, y por los imponderables de María Santísima nuestra Señora. Virgen Santísima, vuestra es la causa de vuestro Apóstol y de vuestros españoles: hable yo en ella dignamente por vuestra intercesion, y por el fervor con que todos os saludamos con el Ave Maria.

ILLMO. SEÑOR.

No es posible hacer ver que nada tenemos que temer, y sí mucho que esperar, sin formar ántes el quadro de nuestra situacion. Otro diario, que precedió al que me he propuesto rebatir, y tan incendiario como él, nos ahorra este trabajo; porque él nos dá idea de lo que era nuestra Nacion en el dia que se dió á luz. Un Valido, dice, sin talento, ni costumbres regulando los destinos de las Españas, una Potencia sin exército, una administracion sin reglas, un Estado sin hacienda::: ¡O que contraste tan doloroso á vista del Estado floreciente de nuestros vecinos! Pues añaden: nuestras fortalezas están ocupadas por crecidos exércitos, y hay tropas hasta en la misma Capital::: el descuido, la ineptitud, las divisiones de nuestros Príncipes, esas deplorables circunstancias que ellos han hecho nacer, y por las que han dexado de reynar, he aquí la causa sola de su venida; esto es, de la entrada en nuestro suelo de las tropa y exércitos del supuesto árbitro de los destinos de europa. Tal es, hermanos mios y amados compatricios, tal es la triste y dolorosa pintura que hacen de nuestra valerosa Nacion los mismos agresores, que nos han reducido á un envilecimiento, que, por confesion de ellos mismos, no tenemos merecido.

Protexto, Señor, que si hablara hoy á otra Nacion ménos firme y con ménos grandeza de fe que la nuestra, á vista de esta relacion, la diria, que temiese el fatal pronóstico que nos hacen nuestros seductores. Aconsejaria que se dexasen las armas, que cada qual se retirase á su hogar y al seno de su familia; porque el resultado de la guerra declarada, no á la Francia, y sí al Emperador que la tiraniza, seria sin duda la pérdida de nuestras mejores provincias, la desvastacion de las demas, la pérdida de nuestras Américas, y venir á parar en una suerte funesta é infeliz. Pero hablando á españoles, y á españoles en quienes Santiago imprimió el carácter de su Apostolado, ni puedo, ni debo, ni uso, ni usaré jamás de semejante lenguage, y al contrario diré, que á pesar de todas nuestras desgracias, en verdad nada exâgeradas: *nihil desperandum Theucro duce*; que no hay que temer guiados y protegidos por el Apóstol Santiago.

Bien se ve, Señor, que no es del dia tratar del carácter que dá la Historia á España profana, y por lo mismo pasaré en silencio los elogios que la dieron Tucídides, Diodoro, Estrabon, Livio, Dionisio Afro, Tíbulo, Lucio Floro, Vegecio, Justino, y quantos Autores antiguos y modernos trataron de su gloria. No omitiré con todo el respeto que nuestros naturales merecieron á Roma y Cartago, y

diré en nuestro abono, que si ésta se sostuvo largo tiempo contra el poder Romano, lo debió á la firmeza de los españoles; y que si al fin los Romanos vencieron á los Cartagineses, el valor y la constancia de los españoles les dieron estos triunfos. ¡Qué gloria, Señor, qué gloria no habria sido para nuestra Nacion si hubiese habido union entre los pueblos! Si los nuestros todos hubieran tenido el espíritu de Viriato, de Sertorio, de Yugurta, de Saguntinos, Numantinos y Astapones, España tendria el Imperio que su valor y firmeza supo dar respectivamente á aquellas naciones rivales. Fueron muy pocas ciudades las que de las nuestras aspiraron al ápice de una feliz independencia, y muy corto el número de españoles que conociese sus ventajas; pero estos pocos, sino tuvieron la gloria de salir vencedores, la tuvieron sin duda de no ser vencidos.

Tal fué el carácter español ántes de nuestra vocacion al cristianísmo por SANTIAGO. Llamados á él por el Santo Apostol, hechos el sello de su Apostolado, impresa en nuestras almas la fe, la justicia, la religion, las máxîmas santas del Evangelio por el que nos engendró en Cristo Jesus ¿qué fuerza hubo que nos desviase de ellas en un solo punto, ni quién pudo obligarnos á desamparar la justicia? Católicos, el infierno todo se levanta contra la Iglesia, la perfidia Judaica la mueve las pri-

meras persecuciones, los emperadores paganos siguen su exemplo por espacio de tres siglos. Pasados éstos, y aun en ellos, la embisten un sin número de heresiarcas que la despedazan; en el séptimo la invaden Mahoma y sus crueles sectarios: la dulce Madre gime y llora sin consuelo la pérdida de sus hijos, de sus provincias y aun de enteras regiones que la causan ya unos, ya otros enemigos. Falta Acaya, falta Egipto, falta la India, falta el Asia, falta la Palestina, y aun quedan infestadas la Alemania, la gran Bretaña y el Reyno Cristianísimo de Francia. ¡Qué desgracia de pueblos! Las tinieblas del error lo ocupan todo, y, ó las cavilaciones, ó la espada de los enemigos de la Cruz, en todo, ó en parte hacen desaparecer de ellos la religion, y que se desvien del camino de la verdad. España igualmente es embestida, es invadida, llegó al extremo de ser ocupada; mantuvo sin embargo la firmeza de fe que la imprimió SANTIAGO, y gracias á Jacobo y á su espíritu, se ve como ninguna, ilesa y libre de enemigos. ¡Gran favor, Señor, decia Sto. Tomas de Villanueva, gran favor haceis, Señor, á España en darle un tan grande y excelente Patrono!

¡Qué espíritu, fieles, qué espíritu y qué firmeza de fe de nuestro Apóstol! Como un rayo, ó á manera de un hermoso y encendido, pero luminoso relámpago, ha corrido por la Judea, y visitando nuestras provincias, quan-

do vuelto á Jerusalen á unirse con los demas Apostoles, la nacion deicida le presenta la oportunidad de descubrirnos la grandeza de su fe. Gobernada por Heródes Agripa, mas que nunca se empeña en la persecucion del nombre cristiano, y aunque á todos los Apóstoles y discípulos del Señor no ofrece otras esperanzas que muertes y amenazas, su principal furor lo concibe contra Santiago. Tan odioso y tan acre é insufrible les era el Santo Apóstol, que queriéndolos contentar Heródes, escoge por medio oportuno, dice el Crisostomo, quitarle la vida, y acabar con esta coluna de la Iglesia. En efecto, los discursos de Santiago hacian temblar á los fariseos y escribas. Su rara y extraordinaria eloqüencia los aturde; no pueden resistir la fuerza de sus raciocinios; temen la firmeza con que en público y secreto predicaba á Jesu-Cristo; ven con indignacion el fruto que saca de los suyos, la milagrosa mocion que acompaña sus sermones; quisieran verle confundido sin graduarse de injustos, y reservándose por entónces el repetir contra su vida, toman un arbitrio que hace muy poco honor á unos hombres, á quienes el Señor habia confiado el depósito de su palabra.

Fué este enviar al Santo á Filétes, y Hermógenes, magos filósofos, que se ofrecen á convencerle con sofismas, y á desacreditarle con prestigios y falsos milagros. Miserables hebreos ¿ tan faltos están de ciencia vuestros

doctores que necesitais para vencer la firmeza de Jacobo acudir á los engaños que Faraon para superar el esfuerzo con que vuestro caudillo Moyses pedia vuestra libertad? ¡Qué ceguedad, fieles, qué ceguedad tan espantosa de los Judios! ¡qué gloria tan completa la de nuestro Apóstol! Su sabia firmeza, ó la firmeza con que sostiene la verdad cierra los labios del Senedrin y Maestros de la Sinagoga, y olvidando estos que son Teólogos, acuden á las falsas cavilaciones y fútiles encantos de la magia. Pueblo desgraciado ¿á qué esperas? diria yo, si hablase con el ciego Israël. Tus Maestros han enmudecido á presencia de Jacobo; el don de la sabiduría los ha desamparado; es muy miserable el recurso de querer vencer la verdad con el engaño: desconfiad, pues, de ellos, dexadlos al momento, y unios al partido de Santiago, que es el de Jesu-Cristo. Si aun fiais del nuevo é inesperado arbitrio, ved lo favorable que sale á la causa de Jacobo. De hecho Filétes y Hermógenes se presentan á nuestro Apostol, tienen con el Santo sus contestaciones, meditan hacer uso de sus engaños; pero Jacobo los recibe, trata y habla con tal fuerza y con tan extraordinaria dulzura, que por entónces, de allí salen convertidos.

¡Digno Maestro de los españoles! Espantaos, Filósofos, espantaos al oir el nombre de los discípulos de Santiago. Pues qué ¿pensa-

bais seducir con facilidad á los que enseñados en su escuela y herederos de su fortaleza postraron hasta ahora á quantos monstruos levantó el abismo? Judíos, Novacianos, Priscilianistas, Arrianos, Mahometanos, Luteranos, todos los Maestros de la impiedad y el error, todos hasta aquí han cedido á la firmeza de los discípulos de Santiago. Juntos en religiosas y civiles asambleas, formando cánones, ó dictando leyes, constantemente condenan todo dogma falso, añadiendo al anatema la expatriacion y extrañamiento de quantos se obstinan y lo defienden con pertinacia. Los nombres de Iliberia, de Córdoba, de Zaragoza, de Astorga, de Braga, de Toledo, de Sevilla, de las grandes ciudades en que se celebran nuestros primeros concilios, juntas santas que dieron reglas y sirvieron de norma á los universales de la Iglesia, imponen respeto á los partidarios de la mentira, y la memoria de Osios, de Sabinos, de Valerios, de Toribios, de Leandros, de Fulgencios, de Isidoros, de Braulios, de Ildefonsos, de los sucesores de Jacobo en el ministerio pastoral apostólico, aturde y llena de confusion á los impíos. Nada es para ellos mas duro que la ley suprema de nuestra santa y religiosa intolerancia, mas los discípulos de Jacobo constantemente la sostendrémos, porque sobre ser una seqüela de su espíritu, es sin disputa la salvaguardia de nuestra nacion, y nuestros pueblos. Pues qué

impíos ¿os parece justo y racional que abracemos vuestras corrompidas máxîmas en punto de tolerancia, y que olvidemos nuestras sabias y santas leyes con agravio de los Recaredos, de los Fernandos, de los Alfonsos, de los Cárlos y de los Felipes, de unos Príncipes + de + dignos nuestro aprecio, y beneméritos de nuestra atencion por sus luces, por su piedad, por su prudencia y sabiduría, que ó las dictaron, ó las establecieron, ó las confirmaron y mandaron observar?

Temblad, Filósofos, temblad, que aun dura en España la firmeza del espíritu de SANTIAGO; mientras dure eternamente condenarémos vuestras invectivas, reprobarémos vuestros yerros, mirarémos con mortal odio vuestras perfidias; y firmemente resistirémos á vuestras injusticias. Venid ahora con apariencias de humanidad, de sociedad, de civilizacion, de lo que enteramente desconoceis; venid, presentadnos conveniencias, habladnos de felicidades, tratad de intimidarnos y ponernos terror, emplead todas vuestras máquinas para desviarnos del amor, respeto y obediencia que debemos á nuestro Príncipe y legítimo Señor; tentad que España olvide que debe sujetarse á su Rey y natural Soberano, no solo por temor de la espada, sino por obligacion de conciencia; esparcid á este efecto libelos incendiarios; emplead todos los recursos de vuestra insidiosa energía en hacernos aborrecer á nuestros ungidos, que

al cabo el odio implacable de una nacion leal y religiosa como la nuestra, ese será el fruto de vuestro ímprobo trabajo, y la justa recompensa de vuestras pérfidas tareas. Sciolos miserables, nada tememos los españoles de vuestra perversa filosofía, y os puedo asegurar que ni nos intimida el estrépito de vuestras armas.

Y si no, esgrimid vuestra espada; derramad impunemente la sangre de nuestros hermanos; atropellad nuestras vírgenes; siegue vuestra cuchilla herodiana las gargantas de nuestros párvulos; talad nuestras campiñas; robad nuestros templos; saquead nuestras ciudades; entregad á las llamas nuestras villas y aldeas; seguid el exemplo de los suevos, alanos, vándalos y mahometanos; cometa vuestro furor quantas atrocidades intentaron los tiranos ¿conseguireis por eso vuestro intento? Miserables, vuestra tirania servirá á formar nuevos héroes, y vuestra injusticia atroz vendrá á confirmar que Santiago es nuestro Apóstol, y nosotros el sello de su Apostolado. Tambien los judios, perdida la esperanza de vencer al Santo con engaños, acuden al último recurso de la fuerza. Prenden á Jacobo, lo befan, lo maltratan, lo presentan á Heródes; piden su muerte con la mayor furia; y este juez inicuo sin oirlo, sin formar sumaria, ni sustanciar causa lo entrega á sus manos, y lo condena á ser degollado. Y bien ¿vencerán por esto la constancia y firmeza de Jacobo? Ca-

tólicos, este hijo del rrueno, que habia ofrecido beber el cáliz que bebió su Maestro, con su martirio corresponde á su promesa, y en él está tan firme y es tal la fuerza con que predica á Jesucristo, que allí mismo le da un nuevo discípulo, un imitador de su cruz y un compañero de su pasion y de su muerte. Segun San Epifanio, el mismo Judío que prende á SANTIAGO, se convierte, le pide perdon, el Santo le abraza, le da la paz; hace allí mismo el milagro de sanar un paralítico, y con estos nuevos triunfos de su fe da al de su martirio un esplendor extraordinario.

Españoles, así acabó nuestro Apóstol: felices nosotros si le seguimos en sus triunfos: y qué ¿no será así? ¿La espada enemiga logrará vencer nuestra firmeza? Filósofos sanguinarios, ea, seguid en vuestras ideas, aumente vuestro acero el número de nuestros mártires, crezca la lista de estos en nuestros calendarios y liturgias, perseguid como Antioco á los justos defensores de nuestras leyes patrias y de nuestras religiosas costumbres: yo os digo que nada conseguireis de los discípulos de SANTIAGO. Vuestra tiranía va á empeorar vuestra causa. Con la gracia de Dios y la proteccion de Jacobo seguirámos el camino que los santos mártires y apostólicos varones Geroncio, Torquato, Iscio, Indalecio, Tesifon, Segundo, Cecilio y Eufrasio. Como Lorenzo y Vicente desafian y provocan con serenidad vuestra furia nuestros

gloriosos confesores. Hasta nuestras tiernas vírgenes y nuestros párvulos sabrán sostener la justicia á costa de sus vidas, como las Olayas, y Justo y Pastor. Volvereis á renovar el exemplo de pueblos enteros, que ántes consentirán en ser sacrificados que admitir vuestras impiedades. Desengañaos; los discípulos de Jacobo no podemos resistir la ordenacion divina que dispuso que Fernando naciese nuestro Príncipe. Mucho ménos podemos avenirnos á vuestras perfidas é irreligiosas ideas. ¿Dónde quereis encontrar discípulos de Santiago, que como vuestro gefe veneren el alcoran, respeten á Mahoma, y no se avergüencen de llamarle profeta, que restablezcan á los judíos el zenedrin, y que de camino hieran la Iglesia y á su suprema Cabeza, aunque sea en lo temporal, y que dispersen el sagrado Colegio? Impios, vuestra religion es ninguna por lo mismo que os convenis con todas. Quitaos la máscara y perseguid á los fieles, que jamas lograreis vencer la firmeza de fe que los españoles heredaron de Santiago. Primero acabareis con ellos que los veais acceder á vuestras injustas pretensiones; pero ¿acabareis con los españoles? No: temed vosotros, filósofos soberbios, temed que los discípulos de Santiago y herederos de su espíritu nada tenemos que temer, pero tenemos mucho que esperar.

SEGUNDA PARTE.

Atendidas las leyes de la prudencia humana, ninguna esperanza debió tener el pueblo de Dios, quando ve con asombro que un pastor sin mas armas que su báculo y su honda, su morral pastoril y cinco piedras sale á batallar con un gigante de seis pies y un palmo de alto, pero tan fuerte y aguerrido, que solo su aspecto trae espantados los reales de Saul. Por fortuna David, que es el pastor, mira la cosa baxo otro aspecto, porque él nota que el incircunciso es soberbio, que confia demasiado en su robustez y sus fuerzas, que altivo insulta al Dios que guia los exércitos de Israël, y que sus recursos son todos humanos, que al fin sean los que fueren, todos llevan la condicion de nuestra flaqueza y miseria. Ve por el contrario que el poder de Dios, en quien él confia, no necesita de armas y caballos para salvar los suyos, y que fue siempre conducta invariable de su Magestad abatir y confundir los soberbios por los medios mas flacos y ménos esperados. He ahí porque el santo jóven se arrostra al enemigo, fiado en vencerlo, como lo vence en el nombre del Señor.

Pérfidos y arrogantes filósofos, vosotros os habeis creido y predicado invencibles; confiais demasiado en vuestro talento militar, y en el número crecido de vuestros exércitos; con in-

juria de Dios habeis declarado todopoderosa la proteccion de vuestro gefe; habeis cometido el arrojo blasfemo de llamarle omnipotente en una de vuestras proclamas; desvanecidos en vuestro orgullo, quereis como los Babilonios subyugar á vuestro imperio á todas las naciones. Habeis querido tratar la nuestra, no diré con desprecio, porque en vuestras mismas prevenciones se conoce el respeto con que nos mirais; pero sí diré con una perfidia que no tiene exemplar en la historia. Nos habeis robado nuestros Reyes; habeis sorprendido nuestros Consejos; sacrificasteis nuestras esquadras; os llevasteis lo mas florido de nuestro exército; con los vuestros ocupasteis nuestras mejores fortalezas; tomasteis posesion de nuestra Corte; habeis invadido nuestras provincias; vuestra astucia y malignidad dispuso por último la loa de nuestra tragedia en unos términos que creisteis no nos quedaba otro arbitrio que el de sometenos y pasar por todo. Creisteis bien, miradas reglas de humana prudencia; pero ignorantes y poco cristianos olvidasteis que aun habia Dios en Israël, y que vuestras miras se ordenaban sobre los discípulos del gran Jacobo, ó de aquel santo Apóstol dicho hijo del trueno por la firmeza de su fe y por su gran confianza en el Señor.

Tal es la del Santo, que ninguno de los Apóstoles ha salido de los confines de Judea, y ya el nuestro en álas de su gran fe vuela al

Occidente, y establece en nuestro suelo el reyno de Jesucristo. ¡Qué gloria para nuestra nacion!

Ni Roma, ni Antioquía, ni Efeso, ni Corinto, ningun pueblo del gentilismo conoce á Jesucristo, y ya SANTIAGO en el nuestro ha establecido su imperio. ¡Reyno feliz, que así vences á los demas en la primacía de ser cristiano! Es sin igual nuestra dicha, amados compatricios, pero es sin semejante la grandeza de fe de nuestro Apóstol. ¿Dónde vas, Santo mio, le diria yo si me hallase presente en Jerusalen en su partida para nuestro suelo? ¿Dónde vas, ó á qué nacion te lleva tu zelo ardiente y apostólico? ¿Decis que á España á cumplir el encargo de vuestro Maestro? Ea, pues, desistid de la empresa, porque la region es feracísima y hermosa en realidad, pero atendida la naturaleza de sus habitantes, parece inaccesible á vuestra espiritual conquista. Son pueblos ú hombres tenacísimos en sostener sus opiniones; no se conoce entre ellos otro culto que el de los falsos Dioses: todo nuevo dogma que se les predique lo tendrán por necedad y un fanático delirio; no son fáciles en mudar de estilos y costumbres; no hay entre ellos aquella clase de almas que se docilizan con la novedad; son honrados, soberbios, benéficos y amantes de la verdad que conocen; pero como es nuevo quanto vais á predicarles, es de esperar que trabajeis en vano. Así hablaría yo á SANTIAGO,

porque es este el carácter de España pagana: asi se lo representaria Jacobo, pero nada viene grande á su espíritu, y todo se hace asequible á la grandeza de su fe. Amaba á sus españoles con anticipacion, y sin mas sxámen, á manera de un rayo, sale del orienie, se presenta en nuestro emisferio: con la luz del Evangelio disipa las tinieblas del error: arroja de nuestro suelo al príncipe de este mundo, y funda en él el imperio de la Cruz. No logra en los principios muchos discípulos, pero aquellos pocos herederos de su fe instruyen á otros: de unos en otros se va esparciendo la luz, hasta que por último convertida España, vienen á ser los españoles *fortes justitiæ*, *plantatio Domini ad glorificandum*: los fuertes amadores de la justicia, y una armasiga plantada por Dios, por medio de Jacobo, para gloria y decoro de su santo nombre.

¡Qué no han hecho por sostener la gloria de su Magestad, y por darle á conocer por todo el mundo los discípulos de Jacobo ó los españoles herederos de la grandeza de su fe! Todo lo han emprendido, y sus armas manejadas contra los enemigos de Dios y de su Iglesia, no hay en el mundo pais ni rincon donde no se hayan cubierto de gloria. Arrianos, luteranos, mahometanos, calvinistas, paganos, ningun enemigo de la Cruz resistió jamas á la grandeza de nuestra fe; y los Juanes de Austria, los Alvas, los Garci-Perez, los Corteses,

los Pizarros, millares de capitanes han inmortalizado sus nombres con no menor gloria que los Josueses, Jeptes, Gedeones y Jonatases. Ea, pues, venid ahora, filósofos impíos y destructores, venid y probad si aun subsiste en nosotros la grandeza de fe que la predicacion de SANTIAGO imprimió en nuestras almas; venid, imitad en buen hora á vuestros dignos corifeos; seguid el exemplo de vuestros mayores; rasgad de una vez el velo que cubria vuestra envejecida envidia contra nosotros; disimulad mas pérfidamente vuestras antiguas pretensiones; entrad como amigos en nuestro pais: quando esteis seguros corred el telonio, y con la máscara de felicidad, decid que venis á subyugarnos: ¡ó qué perfidia! ¡qué atentado tan atroz! Naciones de Europa ¿no veis como corresponden nuestros aliados á nuestra lealtad y buenos servicios? ¿No observais, y lo diré mejor, como los émulos de nuestra gloria renuevan sus pretensiones sobre España? Víboras ponzoñosas acabais de derramar sobre nuestro suelo el veneno que heredasteis, y os trasmitieron vuestros padres. Venid, pues, que la fuerte Iberia aun engendra guerreros que venguen nuestras injurias.

A renovarse van los dias de Recaredo, en que vuestra perfidia sacrificó á nuestra gloria sesenta mil soldados, y nos dió un triunfo, que por asercion de S. Isidoro, España hasta entónces no lo habia visto semejante. Llegado es

el tiempo de nuestro Rey Casto, en que vuestro orgullo quedó abatido en Roncesvalles por un corto número de mezquinos y viles, que este fué el trato con que nos honró entónces vuestro Emperador Cárlos. Fernando el Quinto ha revivido en su nieto, y sobran entre nosotros Gonzalos, Navarros y Pescaras que os venzan en todas partes, y os arrojen como entónces de todas vuestras usurpaciones. Si abusando de vuestras fuerzas oprimis los pueblos, no extrañeis se os den otras vísperas sicilianas, como las que os dió el Rey D. Pedro. Cárlos Primero, y Quinto de Alemania vive aun en la sangre de nuestros príncipes, y nuestro suelo abunda en Náxeras y en Toledos, que os arrojen de Navarra, que os destrocen como en Metz, que venguen la sangre de los españoles, que habeis derramado tan impunemente, como entónces la hicisteis derramar en Trípoli; no faltará quien, ocurriendo oportunidad, renueve la afrenta que vuestro Rey Francisco sufrió en Pavía; serán deshechas las ligas é inteligencias que formais con otros enemigos peores que vosotros mismos, como se deshicieron las que formó aquel príncipe contra nosotros con hereges y turcos, y como él, vendreis á confesar á costa vuestra que es feliz nuestro suelo en engendrar y nutrir soldados. Intrigad, perversos, intrigad, y moved contra Fernando las rebeliones que contra los dos Felipes Segundo y Quarto, que muy en breve sufrireis

los escarmientos que en San Quintin, y Fuenteravía. Hombres pérfidos y sin palabra, España sabrá reparar su decoro, volver por su honor, y si traidoramente habeis ocupado nuestro Pais, sabed que Pamplona será restablecida como en 1521, Barcelona volverá á sus dueños, como en 1652; saldreis de nuestra Corte como salieron otros, que sin mas derecho que vosotros ahora, la ocuparon contra la voluntad castellana, y mas pronto; pero con mas ignominia que los moros evaquareis todo nuestro terreno. La grandeza de fe que heredamos de SANTIAGO, he ahí la que nos hace esperar tan felices sucesos.

¿Necesitabais nuevos experimentos de nuestra constancia y valor sobre los que os ofrece la historia de los pasados tiempos? ¿Quereis probar si habrá españoles, y españoles que llamamos rancios, que aguardaban uno de aquellos inesperados sucesos que resucitan los imperios y los sacan de un estado de envilecimiento que no tienen merecido, y es justamente en el que nos habia puesto vuestra malignidad? Ea, pues, la Bética os los presenta, Aragon os los ofrece, los Reynos de Valencia y Murcia os brindan con ellos, de muy buena voluntad os buscan los de Galicia, y los de Asturias, los de Leon y los Extremeños quieren veros, y que los veais; Cataluña mide sus fuerzas con vosotros; los viejos castellanos son los primeros que se os presentan; Navarros y Vizcaynos no tardarán en deciros que hay españoles, y hasta los Madrileños y Toledanos, á quienes teneis mas oprimidos, muy

pronto os dirán quanta es la honradez, nobleza y bizarria de nuestros naturales. ¿Dudais de estos datos? pues Castaños, Cuesta, Palafox, Cervellon, Salinas, Filangieri, Santa Cruz, Caro, Morla, no aguardeis mas: nuestros guerreros = todos han comenzado sus ensayos, y por cierto que en sus primeras tentativas habeis probado que sois invencibles mientras no peleais con españoles.

¡Quánto, hermanos mios, quánto vale la grandeza de fe que heredamos é imprimió en nuestras almas nuestro santo Apóstol! Tal Maestro, tal defensor y Patron tan grande jamas el Señor lo concederia á nuestra España, dice Santo Tomas de Villanueva, si no viese su Magestad que España habia de ser grande! Ea ánimo españoles, SANTIAGO y á ellos, que la grandeza de su fe nos guia al triunfo y á la victoria. Pues qué ¿ignorais vosotros que el Cielo en todos tiempos peleó á nuestro favor y nos dió el triunfo quantas ocasiones nos hicimos dignos de él poniendo en el Señor nuestra confianza? Pueblo español, á ninguna nacion del mundo tienes que envidiar. Como Griegos y Romanos has conquistado, no regiones, sino mundos enteros. El cetro del Imperio lo mantuviste en Cárlos con la gloria de un Constantino. Tú misma has sido siempre la restauradora de tu suelo; el nombre español los ha hecho respetables hasta en las extremidades del mundo; á todas las Monarquías te has aventajado, porque no la ambicion de mundana gloria, sino sostener tu justicia y extender la fe de Jesucristo fué casi siempre el movil de tus

guerras, Pelayos, Sanchos, Alfonsos, Ramiros, Fernandos, Jaymes, Cárlos, Felipes á una todos no tuvieron otras miras en sus empresas y nobles hazañas; se le oyó á uno de los mas célebres, y acaso el mas piadoso y grande de tus Príncipes, que por la gloria y conservacion de una sola Ermita á gloria del verdadero Dios, daria todos los tesoros de las Indias, y que jamas se pensase en desamparar y privar de la luz del Evangelio quantas provincias se fuesen descubriendo por estériles, inútiles y pobres que pudiesen ser. He ahí porque casi siempre pelea el Cielo por nosotros. He ahí la razon que tuvo Dios para repetir en favor de nuestras armas mayores prodigios que los que ha obrado en favor de su antiguo escogido pueblo.

En efecto en las Navas se repiten las glorias de Josue, elevada en el ayre, no la vara de Moyses, sino la Cruz de nuestro Salvador, que aparece milagrosamente: allí mismo á presencia de las Imágenes de María Santísima, que van pintadas en los estandartes reales, caen mas enemigos del nombre de Dios, que Filisteos á presencia del Arca santa. Los milagros de Abrahan y Gedeon se renuevan en Narbona, si creemos al Abad Valclara. La espada de S. Fernando se hace mas célebre que la del Geteo, manejada por David. En Tentudia y Oran se alarga el dia á la voz del Maestre de Santiago y fervorosa oracion de Cisneros, como sucedió al sucesor de Moyses. Jayme el Conquistador protegido de María Santísima canta treinta y quatro victorias, porque no da

mas batallas: no es posible reducir á breves páginas los prodigios que experimentan los nuestros en México, en Lima, en Chile, en Santa Cruz de la Sierra, en ::: pero á qué cansar. El Cielo, españoles, estuvo siempre en nuestro favor quando, como ahora, peleábamos por la justicia, por la fe y por la Religion. Nuestro Apóstol Santiago asistió á nuestros combates, y, ó fue el Ángel tutelar que aseguró el buen éxito á nuestros Príncipes, ó en casos dudosos, el brazo y dedo de Dios, que decidió las acciones en favor de nuestros Macabeos. El Santo Apóstol, con S. Isidoro, aseguran en sus empresas á Fernando. El mismo con María Santísima, con S. Paciano, S. Cucufate y Santa Olaya ofrece su ayuda al Rey D. Jayme, y en Clavijo da al Rey Ramiro un triunfo que no tiene semejante en la história. ¿Podremos, católicos, esperar triunfos y felicidades vistas las lecciones que nos da la historia de los pasados tiempos?

Ánimo, españoles, que nuestros enemigos comienzan á sentir los efectos de la gran fe que heredamos de nuestro santo Apóstol ¿y á no ser esta grandeza de fe, ó esta gran confianza nuestra en el Dios de los exércitos, ¿quién, amada España, quién te pudo mover á declarar la guerra que tienes emprendida? ¿Podrias declararla á vista de la triste situacion á que te habia reducido la perfidia de tus enemigos? ¿Quál era el parecer de tus políticos? ¿Cómo pensaban muchos de nuestros Generales? ¿Qué esperábamos á mediados de Mayo? ¡qué prodigios de Dios! Todo pa-

rece que conspiraba contra nosotros; todo nos anunciaba la proxîmidad de una paliada, pero vergonzosa esclavitud; ibamos de una vez á quedar sin patria, sin libertad, sin riquezas y probablemente sin altar y sin religion: por lo ménos estábamos condenados á representar en la Europa el papel ridículo que nos permitiesen nuestros malvados opresores; pero ¡ó Dios y Señor mio! tú nos miras, ves nuestra amargura y afliccion, ves el dolor de nuestras almas, nuestros clamores penetran tus piadosísimos oidos, y bien cerciorado de nuestra justicia, como quien todo lo ve, de acuerdo con vuestra Santísima Madre, con su Esposo castísimo el Señor S. Josef, con nuestro Apóstol y Patron SANTIAGO con S. Fernando y todos nuestros Santos y tutelares, decretas, ¡ó Dios excelso y poderoso! nuestra libertad. La gloria, la alabanza, la accion de gracias y la bendicion se os den por siglos de siglos. Confesad, fieles, confesad al Señor, porque es bueno, y porque, como lo ha hecho y hace todas las generaciones, nos ha dispensado en la ocasion su misericordia.

¿Me engaño, hermanos mios? Pues decidme, á no ser Dios ¿quién en tan breve tiempo pudo poner en accion todas nuestras provincias? ¿Quién en un momento alarmó todos nuestros pueblos? ¿Quién organizó las cosas en tan pocos dias, y las elevó al grado y estado de respeto en que las miramos? ¿Quién nos congregó, y casi sin congregarnos y organizarnos comienza á darnos triunfos y victorias? Catalanes, en láminas de bronce se escribirán vuestros nombres y los servicios he-

chos por la patria. Castellanos ; la posteridad eternizará vuestras grandes hazañas. Valencianos, el mármol de vuestras sierras hará inmortal vuestro valor y la defensa de vuestra ciudad. Gallegos , Leoneses y Extremeños , los Portugueses nuestros hermanos serán los pregoneros de vuestra energía. Aragoneses , á esa Columna , que fixó en vuestro suelo nuestro comun Apóstol , añadid otra con la inscripcion : nuestra constancia y valor hará creer á los impíos , que jamas faltará de este lugar estotra mandada poner por María en señal de que jamas faltaria la fe de nuestra España. Bravos Andaluces , se conoce que visitados por Hércules , aprendisteis de él á destrozar en mar y tierra pájaros miserables, que figurándose águilas , pensaron arruinar vuestras hermosas provincias. Amados compatricios , los prósperos sucesos logrados por nuestras armas y debidos en verdad á la grandeza de nuestra fe , mas que á los medios que teniamos para conseguirlos , nos manifiestan dignos de un Apóstol , de un Maestro y de un Patron como Santiago.

La firmeza y grandeza de fe , he ahí , como os decia , el carácter del apostolado de nuestro Santo. Su firmeza venció la perfidia engañosa de los judíos , y lo hizo superior á la muerte que le maquinaron. Su grandeza de fe , ó su gran confianza en el Señor le hace superar dificultades por lograrnos á Jesucristo , y que triunfe de todas y establezca entre nosotros su imperio. Los españoles herederos de su espíritu , ni hubo arbitrio , ni fuerza que venciese su firmeza en sos-

tener la religion y la justicia; ni por el zelo de extender la fe y mantener su decoro, hubo empeño que viniese grande á su confianza en el Señor. Desengañaos, filósofos, no nos intimida vuestra pérfida filosofia, no nos asustan vuestras terribles amenazas, no nos enflaquecen ni vuestros insidiosos discursos, ni vuestras crueldades; nada tememos, ni tenemos que temer. Aunque vuestra malignidad procuró abatirnos, aun hay ánimo en los españoles; esperamos triunfos, tendremos felicidades, y sin faltar á nuestros deberes mas sagrados, ni admitir las novedades, á que quereis inducirnos, nuestra España seguirá entre las naciones con el cristiano esplendor que formó siempre su carácter. El mundo entero confesará que Santiago, aunque para otros no sea Apóstol, para nosotros lo es, y que nosotros somos el sello de su apostolado. *Et si aliis non sum apostolus: sed tamen vobis sum: nam signaculum apostolatus mei vos estis in Domino.*

Vos santo Apóstol, dulce Patron y abogado fiel nuestro, interceded por nosotros, para que triunfando con la gracia de Dios y vuestra proteccion de enemigos visibles é invisibles, logremos tambien los premios eternos de la Gloria. Amen.

O. S. C. S. R. E.

Se hallará en la misma Oficina de su impresion.

tener la religion y la justicia; ni por el zelo de extender la fe y mantener su decoro, hubo empeño que viniese grande á su confianza en el Señor. Desengañaos, filósofos, no nos intimida vuestra pérfida filosofía, no nos asustan vuestras terribles amenazas, no nos enflaquecen vuestros insidiosos discursos, ni vuestras crueldades; nada tememos, ni tenemos que temer. Aunque vuestra malignidad procuró abatirnos, aun hay ánimo en los españoles; esperamos triunfos, tendremos felicidades, y sin faltar á nuestros deberes mas sagrados, ni admitir las novedades, á que quereis inducirnos, nuestra España seguirá entre las naciones con el cristiano esplendor que formó siempre su carácter. El mundo entero confesará que Santiago, aunque para otros no sea Apostol, para nosotros lo es, y que nosotros somos el sello de su apostolado. *Et si aliis non sum apostolus; sed tamen vobis sum: nam signaculum apostolatus mei vos estis in Domino.*

Vos santo Apostol, dulce Patron y abogado fiel nuestro, interceded por nosotros, para que triunfando con la gracia de Dios y vuestra proteccion de enemigos visibles é invisibles, logremos tambien los premios eternos de la Gloria. Amen.

O. S. C. S. R. E.

Se hallará en la misma Oficina de su impresion.